

NUESTRO QUEHACER PROFESIONAL

Al presentar este nuevo número de la Revista de Trabajo Social, quisiera compartir con ustedes estas reflexiones surgidas de la observación crítica de algunos desempeños profesionales que, a mi juicio, necesitan ser cambiados.

Los desafíos del mundo de hoy, y los cambios que se están produciendo tanto en el desarrollo del país como en la cultura nacional, exigen revisar nuestro papel como profesionales. En términos generales, se plantea que los nuevos egresados deben ser creativos, que deben considerar la diversidad de las personas y maximizar su participación y su autodefinición, junto a la de sus familias, grupos y comunidades. Sólo así manifestarán su profundo respeto por el ser humano.

Probablemente, la mayoría de los profesionales que trabajan en el desarrollo humano están siendo formados bajo estas sanas intenciones.

Sin embargo, el estudio de la práctica en lo social y en la educación social muestra, con frecuencia, una distancia muy grande entre lo que queremos y lo que hacemos.

Tanto, que a veces se nos olvida lo que buscamos. Y así, muy a menudo, tomamos decisiones por otros, sin considerar sus puntos de vista; aconsejamos en forma indiscriminada; e inventamos formas de participación, a través de las cuales tratamos de convencer a la gente de las bondades de los programas en los que se la está involucrando. De esta forma, somos nosotros los que decidimos cuál es el problema, cuáles las alternativas de solución y cuál la metodología para abordarlo.

Más aún, con frecuencia funcionamos con una visión centrada más en las debilidades, carencias y déficits, que en las posibilidades y fuerzas que las personas y grupos poseen.

Como consecuencia, la participación que estamos procurando promueve la dependencia, el conformismo y la docilidad.

Sin embargo, cada día es más evidente que este modelo va perdiendo credibilidad, tanto ante las personas con las que trabajamos, como ante nosotros mis-

mos en nuestra calidad de ciudadanos y profesionales.

El comportamiento de la juventud frente a la sociedad es, tal vez, la expresión más fiel de lo que nos pasa a todos.

Urge, por tanto, cambiar la mirada y la conducta profesional que la acompaña. Tenemos que buscar maneras de pensar en las cuales la participación sea real y efectiva. Ello está relacionado necesariamente y en forma directa con la toma de decisiones y, por lo tanto, con el poder.

EL PODER DE LA PROFESION

La mayoría de los asistentes sociales trabajamos al servicio de los grupos más pobres de nuestro país. Todos nosotros, desde distintas posiciones, colaboramos con ellos: desde la atención directa, pasando por la planificación pública y privada, la educación de los distintos profesionales y técnicos, hasta la investigación.

De ahí, entonces, que la forma en que lo hagamos sea extremadamente importante. Desde esa posición, somos, tal vez, la cara de la sociedad, de la ciudad más amplia a la cual podemos o no integrar armónicamente a esos grupos.

Mi preocupación fundamental está orientada hacia cómo usamos ese tremendo poder que nos da nuestra profesión.

Porque creo que muchas veces, de manera abierta o sutil, descalificamos a las personas y les quitamos poder sobre su tarea esencial.

Cada vez que yo misma, un colega, un alumno, o un profesional o no-profesional que trabaja en las instituciones trata de «menor» a un niño en situación irregular, desde una posición de poder frente a él, lo está despojando de lo más esencial que lo identifica: su nombre.

Cada vez que una colega, un alumno, o un profesional o no-profesional trata de «mamita» a una madre, la está despojando, desde una posición de poder, de la dignidad del rol más importante que, tal vez, va a desempeñar en su vida.

Porque si lo pensamos, el ser llamado por su nombre, junto con dar identidad, da poder sobre uno mismo como persona y como miembro de una comunidad.

Al destacar el nombre, sólo estoy ejemplificando con un hecho que me parece evidente esta situación. A lo anterior, sería necesario agregar el uso del lenguaje técnico, el cual, si no se explica, ejemplifica y concreta, también produce inseguridad. Y el sentimiento de no valía lleva, por ende, a la «delegación» de sus roles a manos de quienes saben.

EL CRECIMIENTO PERSONAL

¿Por qué hacemos esto? ¿Qué es lo que nos lleva a actuar en forma tan opuesta a nuestros propios postulados y convicciones? Pienso que, a lo menos, existen dos razones.

La primera, dice relación con las desigualdades sociales profundas existentes en nuestro país, y cómo ellas afectan nuestras percepciones y nuestras acciones.

En nuestro desempeño profesional, esta realidad nos lleva, muchas veces, a creer que la pobreza material supone, necesariamente, pobreza de las ideas, de los afectos, etc. Es decir, pobreza generalizada. Podemos pensar que ante las carencias materiales insatisfechas, no hay capacidad para necesidades superiores.

Este pensamiento puede conducirnos a categorizar y estigmatizar, y no distinguimos ni vemos la diversidad y la unicidad de cada persona, familia o comunidad, con sus debilidades, pero también con sus fuerzas.

La segunda razón, estrechamente ligada a la primera, se refiere a que el desempeño de nuestra profesión se da en un mundo institucional construido con creencias que se traducen en lenguajes que estigmatizan, excluyen, clasifican y, finalmente, norman la conducta de los usuarios, desde una perspectiva de beneficiario más que de sujeto. En este contexto, los profesionales nos desempeñamos con frecuencia más como benefactores que como colaboradores. Pero el problema es más profundo aún. Hay otra serie de implicancias que van más allá de nuestras

definiciones de planes y programas, de nuestra práctica directa y de la de nuestros propios alumnos formados bajo este prisma.

A mi juicio, las consecuencias son relevantes porque generan o contribuyen a la dinámica de la incompetencia de las personas.

La dinámica de mayorías nacionales que tienen escaso o nulo control práctico sobre su vida, y se consideran incapaces en tareas vitales, tiene repercusiones sobre la vida personal, el espacio local y cercano y sobre la sociedad en su conjunto.

Nuestro país se desarrollará y se democratizará de verdad sobre la base de ciudadanos capaces. Y los ciudadanos capaces se forman, en primer lugar, en su familia. Es necesario, entonces, que este núcleo básico de la sociedad sea capaz y que tenga los medios y conocimientos que le permitan desarrollarse en el contexto de su comunidad.

Los ciudadanos capaces también se forman a través de su vinculación con los otros sistemas, y de su relación con diferentes profesionales que eduquen en un amplio sentido. Es decir, focalicen sus orientaciones profesionales a las fuerzas, posibilidades y a las habilidades de las personas. Profesionales que no consideren básicamente los problemas como faltas o déficits de las personas o familias, sino que los relacionen con sus contextos. Profesionales que colaboren con ellas en sus tareas relevantes. Profesionales que efectivamente se propongan hacer participar en forma activa a las personas, familias y grupos en un proceso de intervención, en el cual el objetivo principal sea otorgarles poder.

Una parte importante del desarrollo y democratización del país depende del progreso económico y de la asignación justa de recursos. Generalmente, los asistentes sociales tenemos poco poder en esta dimensión. Sin embargo, nuestra tarea es tan o más importante. Porque en lo que se refiere a la formación de ciudadanos para promover e impulsar esta democratización, sí tenemos mucho que aportar.

De nosotros depende asumir esta opción o mantener nuestro enfoque y continuar con nuestro desempeño tradicional. Y en el Chile actual, éste es, tal vez, el principal desafío de nuestra profesión.

MARIA OLGA SOLAR SILVA

